

EL TEMPLO DE ISIS EN POMPEYA: LOS RESTOS QUE
HAN NUTRIDO UN MITO*

THE TEMPLE OF ISIS IN POMPEII: THE REMAINS THAT
HAVE SUSTAINED A MYTH

MIRELLA ROMERO RECIO

Universidad Carlos III de Madrid

ARYS, 9, 2011, 229-246 ISSN 1575-166X

RESUMEN

El templo de Isis en Pompeya fue uno de los hallazgos que más impactó a eruditos y viajeros aficionados. Los restos encontrados en su interior hablaban de una religión misteriosa desconocida en el mundo occidental que pronto fueron interpretados al gusto de quienes los contemplaban. Las ofrendas alimenticias y los restos humanos pasaron a convertirse en elementos sustentadores de un mito nutrido con la imagen de rituales perversos propios de unas culturas orientales cada vez más criticadas.

ABSTRACT

The Isis temple in Pompeii was one of the findings that most impacted scholars and enthusiastic travellers. The remains found inside spoke of a mysterious religion unknown to the Western world and were quickly interpreted to the liking of those who contemplated them. The food offerings and human remains went on to become sustaining elements of a myth nourished by the belief that evil rituals were characteristic of some increasingly criticised oriental cultures.

PALABRAS CLAVE

Pompeya; Isis; legado clásico; historia de la arqueología; religiones orientales

KEYWORDS

Pompeii; Isis; classical legacy; history of archaeology; oriental religions

Fecha de recepción: 21/09/2011

Fecha de aceptación: 14/11/2011

* Este trabajo ha sido realizado en el seno del proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia «La Antigüedad en la creación de mitologías políticas y de las conciencias nacionales (siglos XVI-XIX)», nº HAR2008-0234/HIST.

La diosa Isis tenía en Pompeya uno de los templos mejor conservados de la ciudad debido a que, pese a estar construido a finales del siglo II a.C.¹, fue restaurado después del terrible terremoto que asoló Pompeya en el año 62².

El templo era un espacio esencial e imprescindible en los rituales místicos que debían desarrollarse en torno al culto isíaco. Al contrario de lo que sucedía con los santuarios dedicados a otras divinidades donde no era necesaria la existencia de un templo pues los devotos no entraban en él para orar (era sólo el lugar donde se guardaba la imagen del dios), en el culto místico de Isis este espacio se revelaba como un elemento indispensable, aunque también había algunas restricciones al acceso. En el interior del Iseo los fieles realizaban sus oraciones diarias contemplando las imágenes de los dioses; en los demás templos los devotos no entraban, se quedaban en el exterior haciendo los sacrificios pertinentes en los altares acondicionados al efecto.

Tal vez esa fuera una de las razones por las que su restauración se abordó, a instancias privadas, eso sí, antes que la de los restantes templos. Se había hecho cargo de la financiación de las obras Numerio Popidio Celsino, como se hace constar en una inscripción ubicada en un sitio bien visible, a la entrada del templo (Figura 1)³. Celsino tenía sólo seis años cuando costeó estas reparaciones que le permitieron entrar en el Consejo municipal a pesar de su corta edad. Evidentemente, había sido su padre, Numerio Popidio Ampliato, posiblemente un rico liberto (pues también aparece entre los augustales) de una antigua familia

1 Numerosos especialistas datan la construcción del templo en el s. II a.C., como DE CARO, S.: *Il santuario di Iside a Pompei en el Museo Archeologico Nazionale*, Nápoles, 2006, 21, o COOLEY, A.E.: *Pompeii*, Londres, 2003 (reimpr. 2006), 31. Sin embargo, hay autores que prefieren retrasarlo a época augustea: BLANC, N., ERISTOV, H., FINCKER, M.: «A fundamento restituit? Réfections dan le temple d'Isis à Pompéi», *RA*, 2, 2000, 227-309. Sobre los cultos isíacos y el templo de Isis en Pompeya: ARSLAN, E.A. (ed.): *Iside: il mito, il mistero, la magia*, Milán, 1997; GOLVIN, J.C.: «L'architecture de l'Iseum de Pompéi et les caractéristiques des édifices Isiaques romains», en *Hommages à Jean Leclant (BIFAO 106/3)*, 1993, 235-246; AA.VV., *Pompeii. Pitture e Mosaici*, 12 vols., Roma 1990-1999.

2 Se sigue discutiendo si el seísmo se produjo en el año 62 como señala Tácito (*Anales*, XV, 22, 2) o en el 63, como dice Séneca (*Cuestiones naturales*, VI, 1, 1).

3 CIL, X, 846. Foto de la autora. Sobre la interpretación de esta inscripción: PETERSEN, L.H.: *The Freedman in Roman Art and Art History*, Cambridge, 2006, 52 ss. Sobre el estudio de las elites en Roma y, más concretamente, en Pompeya: MOURITSEN, H.: «Mobility and social change in Italian towns during the principate», en PARKINS, H.M. (ed.): *Roman Urbanism Beyond the Consumer City*, Londres-Nueva York, 1997, 65-70; *idem*, «Order and disorder in Later Pompeian politics», en CÉBEILLAC-GERVASONI, M. (ed.), *Les élites municipales de l'Italie péninsulaire des Gracques à Néron*, Nápoles-Roma, 1996, 139-144.



Figura 1. Inscripción del Templo de Isis donde se indica quién ha costeado las obras de restauración tras el terremoto.

samnita y, por tanto, sin posibilidad de ocupar cargos políticos, el que había realizado la inversión con el fin de garantizar que su hijo sí pudiese ascender en la escala social. Ampliato debía estar muy interesado en hacerse un hueco en la elite pompeyana, por lo que además de restaurar el Iseo, donó al templo –como hicieron también otros libertos– una estatua de Osiris-Baco.

El templo de Isis en Pompeya se encontraba en el interior de un santuario porticado. Elevado sobre un podio, contenía en su interior una *cella* donde estaba la estatua de Isis flanqueada por dos hornacinas que guardaban otras imágenes, no se sabe de qué dioses aunque se ha supuesto que serían Anubis y Harpócrates. Tal vez la estatua de Isis estuviese acompañada por otra de Osiris aunque, en cualquier caso, en el pórtico se encontraron muchos fragmentos de esculturas que representaban a distintos dioses egipcios. El exterior del templo estaba cubierto con un revestimiento de estuco y pinturas murales.

Frente al templo había un altar y una pequeña construcción con un estanque que debía ser el lugar donde los iniciados eran purificados con agua traída del Nilo. En un flanco del santuario había varias estancias que debían ser las viviendas de los sacerdotes pues, también al contrario de lo que sucedía con los cultos tradicionales romanos, el clero de Isis vivía en su santuario.

Detrás del templo había una gran sala donde se ha supuesto que se celebrarían las ceremonias de los iniciados. Allí se encontró un número considerable de objetos; algunos de ellos podrían haber sido utilizados en los ritos, pero otros debían de ser exvotos presentados por los fieles⁴.

No sabemos si la diosa egipcia tenía muchos adeptos en Pompeya, aunque parece que sí, teniendo en cuenta, por una parte, la importancia que otorgaba a su culto el Consejo ciudadano y, por otra, las representaciones de Isis y el gusto por los paisajes egipcios que se han detectado en las viviendas (paisajes nilóticos en la Casa de Menandro o imágenes de la diosa en la del Moralista, por ejemplo). Además, en la Casa de Loreyo Tiburtino se encontró una pintura mural que representa al típico sacerdote egipcio con la cabeza afeitada, un sistro en la mano y un vestido de lino⁵.

4 DE CARO: *Il santuario di Iside...*, 11 ss.

5 No es mi propósito en este trabajo entrar en consideraciones sobre el volumen de adeptos

El templo de Isis comenzó a excavar-se el 9 de febrero de 1765⁶, aunque no supieron que se trataba de un santuario dedicado a la diosa egipcia hasta el 20 de julio, cuando salió a la luz la inscripción dedicada por Celsino. Un dibujo de Pietro Fabri, incluido por Sir William Hamilton en *Campi Phlegrei*⁷, nos muestra el desarrollo de las excavaciones ante la atenta mirada de varios caballeros que habrían acudido hasta el lugar para conocer de primera mano los progresos (Figura 2).



Figura 2. Dibujo de Pietro Fabri incluido por Sir William Hamilton en *Campi Phlegrei*, Pl. XLI, Nápoles, 1776.

El templo estaba decorado con pinturas que fueron arrancadas y trasladadas al Museo de Portici por expreso deseo de Carlos III, como señala en esta carta dirigida al primer ministro Tanucci:

«Te agradezco el haber depuesto la tentación de volver a poner en el templo de Isis las pinturas ya cortadas con todo lo que esos peritos te auguraban en vista de mis razones, y el haber mandado que todas las que se hallen en él, o en otra parte, se corten y pongan en el Museo de Portici»⁸.

y el valor testimonial de las pinturas o mosaicos de tema nilótico. Sobre el primer asunto, véase TRAN TAM TINH, V.: *Le culte d'Isis a Pompéi*, París 1964; sobre el segundo, VERSLUYS, M.J.: *Aegyptiaca romana. Nilotic scenes and the Roman Views of Egypt*, RGRW 144, Leiden, 2002.

⁶ FERNÁNDEZ MURGA, F.: *Carlos III y el descubrimiento de Pompeya, Herculano y Estabia*, Salamanca, 1989, 140.

⁷ Pl. XLI, Nápoles, 1776.

⁸ AGS, *Estado*, libro 329, Fols. 202 ss. FERNÁNDEZ MURGA, *Carlos III y el descubrimiento de Pompeya...*, 141.

El Iseo fue excavado entre 1765 y 1766, es decir, mucho antes de la llegada de Napoleón a Egipto (1798-1801), momento a partir del cual comenzará a divulgarse el conocimiento de esta cultura en Occidente. El templo pompeyano era, por tanto, el primer santuario egipcio que los eruditos podían contemplar⁹, y no tardó mucho tiempo en convertirse en uno de los focos de atracción de los viajeros del *Grand Tour* (que dieron a conocer el hallazgo a través de sus diarios¹⁰), como nos muestran tan explícitamente los grabados de Giovanni Battista Piranesi, quien recorrió el sur de Italia con su hijo Francesco entre los años 1770 y 1771). En algunas de estas imágenes, como el grabado coloreado realizado por Francesco Piranesi y Jean- Louis Desprez, se puede ver a los caballeros y a las damas paseando en torno al templo y contemplando con atención los detalles de su arquitectura y decoración¹¹.

El templo de Isis era el primer espacio sacro que se excavaba en Pompeya y se encontraba, además, en buen estado. De hecho era, y sigue siendo, el templo mejor conservado de toda la ciudad, entre otras razones porque, como ya hemos visto, fue completamente reconstruido después del terremoto. Los frescos de las paredes del santuario hablaban de rituales extraños y los restos de ofrendas alimentaban la imaginación de viajeros, artistas, escritores y curiosos. Se hallaron esculturas, fragmentos de estatuas, numerosas lámparas, un trípode, una tablilla con escritura jeroglífica y otro conjunto numeroso de elementos procedentes de Egipto. En el altar se encontraron cenizas y fragmentos de huesos y en dos agujeros del patio, restos de higos, piñas, nueces y dátiles. Pero lo que más sorprendió y alimentó la imaginación de muchos fue el hallazgo de un esqueleto bajo las columnas del pórtico que se habían venido abajo. Éstos y otros restos, como la pintura mural de Herculano donde puede verse a un sacerdote de Isis dirigiendo una ceremonia religiosa, estaban llamados a convertirse en protagonistas de novelas, cuadros o representaciones que deleitarían a un público ansioso de emociones nuevas. El arquitecto y pintor Jean Louis Desprez, el músico Wolfgang Amadeus Mozart o el escritor Edward George Bulwer Lytton son sólo algunos de los muchos personajes célebres que se sintieron seducidos por este hallazgo y encontraron en él una fuente de inspiración¹².

9 Con anterioridad, sólo se habían producido algunos hallazgos fortuitos relacionados con el culto isíaco, como la «Mensa isiaca», publicada por primera vez en 1605 y las pinturas de la vía Labicana en Roma halladas en 1653. Cf. DE CARO, *Il santuario di Iside...*, 12.

10 DE CARO, *Il santuario di Iside...*, 12. El autor alude, entre otros, al diario inédito de PÂRIS, P.A.: *Route de Rome à Naples*. Bibliothèque municipale de Besançon, ms. 12, collection Paris.

11 Figura 3. F. Piranesi y J.L. Desprez, Visitantes en el templo de Isis, 1778-1779, *Trustees of the British Museum*. Cf. R. Trevelyan, *The Shadow of Vesuvius. Pompeii AD 79*, Londres, 1976, 7, 124, fig. 2. Un grabado con una escena parecida puede verse en R. de Saint-Non, *Voyage pittoresque de Naples et de Sicile*, París, 1782, II, (grabado entre las pp. 114 y 115).

12 ROMERO RECIO, M.: *Pompeya. Vida, muerte y resurrección de la ciudad sepultada por el Vesubio*, Madrid, 2010, 331 ss. Véase fig. 4.



Figura 3. F. Piranesi y J.L. Desprez, Visitantes en el templo de Isis, 1778-1779. Trustees of the British Museum.

Sin duda alguna el que mejor supo manipular todos estos elementos fue Bulwer Lytton en su famosísima novela *Los últimos días de Pompeya* publicada en 1834. Ningún otro libro (ni histórico ni de ficción) ha influido tanto en la imagen que popularmente se ha tenido, no sólo de la ciudad sepultada por el Vesubio, sino también de las costumbres de sus habitantes¹³.

El argumento de la obra –escrita durante la estancia de Bulwer Lytton en Nápoles entre 1832 y 1833– es sencillo aunque atractivo por las múltiples y realistas descripciones que realiza de los ambientes pompeyanos. Se trata de una historia de amor amenazada por los celos, la venganza, la maldad y la corrupción. Glauco, un griego que vive en Pompeya, se enamora de una joven, Ione, también de ascendencia griega que vive con su hermano Apecides, tutelados por un antiguo amigo de sus padres, el egipcio Arbaces, en realidad, un cruel y despiadado sacerdote de Isis enamorado igualmente en secreto de Ione. Glauco

13 Sobre la novela de Bulwer Lytton: OLMOS, R.: «La Arqueología soñada. Los últimos días de Pompeya de E. Bulwer-Lytton», *Revista de Arqueología*, 141, 1993, 52-58; MEDDEM-MEN, J.: «Destare a nuova vita la città dei morti'. *Gli ultimi giorni di Pompei* di Edward Bulwer (1834)», en CREMANTE, R., HARARI, M., ROCCHI, S., ROMANO, E. (eds.): *I Misteri di Pompei. Antichità pompeiane nell'immaginario della modernità*, Nápoles, 2008, 33-52. Bulwer Lytton fue acusado de plagio por Sumner Lincoln Fairfield, quien había publicado en 1832 en Nueva York, *The last Night of Pompeii, A Poem: and Lays and Legends*. Véase sobre este asunto: MOORMANN, M.: «Evocazioni letterarie dell'antica Pompei», GUZZO, P.G. (ed.): *Storie da un'eruzione. Pompei Ercolano Oplontis*, Milán, 2003, 15-33.

salva de las garras de una proxeneta a una joven tesalia ciega, Nidia, que vende flores. Ésta se enamora perdidamente de su héroe pero pronto comprueba que su corazón pertenece a otra mujer. Un tercer personaje planea unirse a Glauco, Julia, la hija del rico Diomedes, que es tan bella como perversa y no dudará en emplear cualquier artimaña para atraer a Glauco. Así pues, el amor de Glauco e Ione se ve amenazado por los celos de Arbaces (pérfido y malvado), de Julia (dañina y vengativa) y Nidia (cuyo mayor defecto, pese a su dulzura y bondad, es estar locamente enamorada de alguien que no puede corresponderla). Arbaces utiliza al hermano de Ione para llegar hasta ella atrayéndole hacia los misterios de su religión que se rebela nefasta, pero la joven doncella entrega su corazón a Glauco. Nidia, desde su supuesta inocencia complica también terriblemente el futuro de la pareja de enamorados pues aprovecha el plan que ha urdido Julia para gozar de Glauco en su beneficio. La joven, sabedora de que Julia proyecta hacer beber al griego un filtro con el que perderá toda voluntad sometiéndose a su amor, roba el preciado líquido para ser ella quien se lo ofrezca. Pero lo que no saben ni ella ni Julia es que Arbaces había ido a hablar con una bruja para cambiar el filtro por una droga que enloquecería a quien la ingiriera. La acción se precipita: Glauco toma la pócima de manos de Julia y enloquece, Arbaces asesina al hermano de Ione que se había convertido al cristianismo y amenazaba con desenmascarar la farsa del templo de Isis, por lo que el sacerdote egipcio aprovecha la coyuntura para acusar a Glauco de la muerte de Apecides. Glauco es detenido y condenado a morir en el Anfiteatro pero cuando está en la arena el león se resiste a atacarlo, lo que es interpretado como una muestra de su inocencia. Mientras tanto, Nidia había logrado ponerse en contacto con Salustio, el amigo de Glauco, para contarle toda la verdad y un testigo de la muerte de Apecides declara en el Anfiteatro que el verdadero asesino es Arbaces. Pero el dios de los cristianos hace estallar el volcán y Arbaces muere al derrumbarse el templo de Isis, Glauco logra sobrevivir gracias a la ayuda de Nidia (que también fallece para dejar vía libre al amor de su protector) y huye con Ione, convirtiéndose posteriormente al cristianismo.

Dos civilizaciones se contraponían para que el dios verdadero triunfase castigando a quienes idolatraban a las falsas deidades. Porque este es el trasfondo de la obra de Bulwer Lytton, a pesar de su destacada idealización del mundo griego representado por Glauco e Ione frente al depravado romano, con Julia a la cabeza, y el aún más cruel y corrupto mundo oriental, que está presente a través del sacerdote de Isis, el egipcio Arbaces. Y esa fue también la preocupación de muchos de los que visitaron el yacimiento, el desconocimiento de la fe verdadera por parte de estos pecadores paganos¹⁴.

14 En este sentido, véase el relato, por ejemplo, de María Victoria Maura publicado en *Ellas*, 18/11/1934: «*En aquel barrio había también la casa de un sacerdote egipcio escéptico de su fe; su dios lar era Baco, y, según nos dijeron las pinturas de las paredes que tapan con cortinas, por consideración a niñas y mujeres muy de agradecer, van en armonía con la devoción [...] En aquel triclinio se han conservado siete cadáve-*

Podría seleccionar muchos fragmentos de esta novela donde se ponen de manifiesto estas interpretaciones, pero sin duda alguna uno de los que mejor muestra la manipulación de los restos hallados en el templo de Isis es el Epílogo donde Bulwer Lytton trata de dar veracidad a su historia identificando a sus personajes con hallazgos reales (desde luego, lo consiguió, mucha gente iba a Pompeya buscando los espacios descritos en *Los últimos días de Pompeya*):

«Las casas de Salustio y Pansa y el templo de Isis, con sus escondites detrás de cada estatua donde se pronunciaban los santos oráculos, están hoy de manifiesto ante la mirada de los curiosos. En uno de los departamentos del templo se halló el cadáver de un hombre alto que tenía a su lado una fuerte herramienta. Dos paredes habían sido taladradas con este utensilio, pero la víctima no pudo ir más lejos. Otro cadáver se halló en el centro de la ciudad que junto a sí tenía un montón de monedas y muchos ornamentos místicos del templo de Isis. La muerte había sorprendido a Caleno en medio de su avaricia en los mismos instantes en que moría Burbo. Cuando las excavaciones pudieron ir clareando la enorme masa de ruinas topóse con un cadáver materialmente partido en dos por el fuste de una columna derribada. Era su cráneo de conformación tan rara, era tan prominente en la parte intelectual y al mismo tiempo en la que indica desarrollo de los peores instintos físicos, que no hay viajero aficionado a las teorías de Spurzheim que no se detenga meditabundo ante aquellas ruinas de un palacio de la mente humana. Todavía, después del transcurso de los siglos, puede el pasajero contemplar aquella mansión abierta, con sus enmarañadas galerías y curiosos aposentos, donde pensaba, razonaba, imaginaba y formaba malos proyectos el alma de Arbaces el egipcio»¹⁵.

La obra de Bulwer Lytton marcó un antes y un después en la imagen de Pompeya. *Los últimos días de Pompeya* tuvo un éxito enorme en todo el mundo y desde luego en España. Además de ser traducida y publicada como monografía, apareció por entregas en varios periódicos como *La Época*, *El siglo futuro*, *Diario oficial de avisos de Madrid*, *La Voz* o *El Es-*

res; las calaveras mondas estaban todavía en un rincón el día que yo le visité; me dio pena ver con que indiferencia el guía, los turistas y el guardián contemplaban aquellos restos. Yo me sentía llena de compasión por el sacerdote egipcio y sus amigos, curiosidad de todos, que murieron negando su fe y desconociendo la verdad. Si hubiera estado sola los hubiera enterrado».

15 De la edición de Planeta, Barcelona, 2005, «Epílogo», 514-515.

*pañol*¹⁶. Además, los viajeros españoles que visitaron el yacimiento aludieron a la lectura de la obra. El famoso escritor Pedro Antonio de Alarcón lo hizo y dejó constancia de ello en su obra *De Madrid a Nápoles*: «Después de una noche inolvidable, cuya primera mitad he pasado contemplando a Pompeya a la luz de la luna, y la otra mitad soñando con la novela de Bulwer, con terremotos y con nuestra próxima subida al volcán...»¹⁷. Pero también otros, como Manuel Verdugo –general tinerfeño y poeta– que indicó con emoción en sus *Fragmentos del diario de un viaje*: «Llegué a creerme que, en pisando Pompei había de encontrar a la bella Julia, la hija de Arrio Diomede, que me ofrecería su amor latino y sus joyas maravillosas; al elegante Glaucus, que me convidaría a comer en su casa de la calle de las Thermas, esquina a la Fulonica, y me regalaría alguno de sus preciosos vasos myrhinos con el más viejo Falerno; al opulento Pansa, cuya morada se encuentra cerca de la Vía de Mercurio, de donde saldrían mis bolsillos con algunos miles de sextercios...»¹⁸.

Estos viajeros también contribuyeron a consolidar el mito del templo de Isis como centro de perversión y engaño donde se realizaban ofrendas, ceremonias y ritos enigmáticos manipulados por sacerdotes avariciosos¹⁹. La prensa, que pronto mostró interés por narrar las impresiones de los viajeros que visitaban Pompeya, se haría pronto eco de este tipo de interpretaciones:

«El templo de Isis hallado también casi intacto, es uno de los monumentos más acabados y más curiosos que nos ha legado la antigüedad.

Santuario, pórtico, columnata, pedestal de la diosa, restos de la estatua, nicho donde los sacerdotes ocultos hablaban en nombre de la divinidad, recintos donde la antorcha alumbró sus tesoros, imágenes de los demás dioses asociados a su culto, altares donde se depositaban las ofrendas, donde corría la sangre de las víctimas, pozos sagrados, destinados a las purificaciones, estanques donde se reunían las

16 *La Época*, entre abril y julio de 1898; *El Siglo Futuro*, entre septiembre de 1897 y enero de 1898; *Diario oficial de avisos de Madrid*, entre noviembre de 1847 y 1848; *La Voz*, entre mayo y octubre de 1924; *El Español*, entre febrero y abril de 1848.

17 *De Madrid a Nápoles. Pasando por París, Ginebra, el Mont-Blanc, el Simplón, el Lago Mayor, Turín, Pavia, Milán, el Cuadrilátero, Venecia, Bolonia, Módena, Parma, Génova, Pisa, Florencia, Roma y Gaeta. Viaje de recreo realizado durante la guerra de 1860 y sitio de Gaeta en 1861*, Madrid, 1861. La cita pertenece a la edición de Murcia, Ed. Nausicaa, 2004, 657.

18 La obra se publicó primero con el título «Fragmentos del diario íntimo de un viaje», en dos entregas en *La Ilustración española y americana*, 30/11/1918, pp. 678-679; 8/12/1918, pp. 692-695). Como monografía se editó en Santa Cruz de Tenerife, 1928. Hay facsímil del año 1992, 10.

19 Sobre los viajeros españoles que visitaron el yacimiento, véase: ROMERO RECIO, M.: *Ecos de un descubrimiento. Viajeros españoles en Pompeya (1748-1936)*, en prensa.

aguas lustrales, establos para los animales destinados a los sacrificios, gran sala de los misterios, adornada aun con pinturas simbólicas; todo ha vuelto a ver la luz después de diez y seis siglos de sepultura, hasta el desgraciado adepto que se ha encontrado con el hierro del cual quería servirse para abrir su tumba”²⁰.

La fama del templo llevó a algunos especialistas a afirmar que «*Cuando se visitan las ruinas de Pompeya, hállase uno inclinado a creer que el principal culto que allí se practicaba era el de Isis*». El comentario fue realizado por Ernest Renan²¹, pero es compartido por especialistas y aficionados como nos indican los relatos de viajeros que, como Ramón Lozano, publicó sus impresiones en *El Herald*²²:

«Entre los templos citaré el más interesante, el de Isis. El gran tráfico que los habitantes de Pompeya hacían con los alejandrinos de Egipto, les hizo adoptar el culto de esta divinidad, de la que quisieron inmortalizar la memoria en toda clase de frescos y pinturas. El templo de Isis se halla rodeado de un pórtico sostenido por [ocho] columnas dóricas de cada lado, y de seis en la fachada. Un pequeño pero elegante vestíbulo sostenido por otras seis columnas y adornado de un hermoso mosaico, conduce al altar, sobre el cual se hallaron los fragmentos de la estatua de Isis. Siendo este templo el principal del Pompeya, encerraba una infinidad de objetos curiosos e interesantes, y un gran número de pinturas al fresco, que merced al importante descubrimiento moderno, han podido trasladarse intactas como otras muchas de los demás edificios, al museo de Nápoles».

Es cierto que la diosa oriental que más devotos tuvo en la ciudad fue Isis, cuyo culto se había integrado en la religión romana después de haber sido helenizado, pero de ahí a ostentar el título de divinidad más importante de la ciudad media un abismo. Sin embargo, en relación con el tema de este artículo, resulta aún más interesante la explicación que Lozano ofrece de los restos de ofrendas alimenticias que se habían hallado en el templo:

20 «Antigüedades artísticas», en *Museo de las familias*, 25/04/1851, p. 89.

21 Conferencias de Ernesto Renan en Londres. Primera. En qué sentido sea el cristianismo una obra romana, *El Globo*, 15-04-1880.

22 «Folletín. Viajes-Italia. Carta sexta y última. Expedición a Pompeya, aspecto general de la ciudad, de sus templos, sus casas, distribución interior de ellas», *El Herald*, 13/02/1843, s.n. El artículo está firmado por Ramón Lozano que, creemos, se trata del diplomático Ramón Lozano Armenta (1810-1861), aunque no tenemos la absoluta seguridad de que así sea.

«En el cuarto denominado sala de los misterios, por tener todas sus pinturas relación con el culto de Isis, se encontró el esqueleto de uno de sus sacerdotes que estaba en la mesa cuando la ruina general de Pompeya, y se supone que había comido huevos y pollos y había bebido más de una botella de vino, juzgando por los restos que había dejado el gastrónomo sacerdote. Alrededor del templo hay una porción de cuartos que debían servir de habitación a los gerofantes o ministros del culto de Isis. Los esqueletos de muchos de estos se han encontrado también, que o no pudieron escapar a la ruina general, o no quisieron abandonar su diosa».

En la misma línea se encuentran muchos otros comentarios, entre otros, uno realizado en una de las escasas guías de viaje publicadas por un español, José de Lasa. Aunque los españoles que viajaron a Italia usaron con frecuencia las guías en francés este autor publicó en 1873 un libro titulado *De Madrid al Vesubio. Viaje a Italia* (título inspirado en la obra de Alarcón), que trataba de cubrir la demanda de guías en español²³. Sobre el templo de Isis y los restos hallados comentaba a sus lectores que, sin duda, se mostrarían ávidos de conocer un emplazamiento así²⁴:

«El templo de Isis, en el cual, en el centro de un atrium se levanta un pódium; varias escaleras secretas permitían a los sacerdotes deslizarse debajo de la estatua y dar desde allí los oráculos; se han encontrado bastante número de esqueletos de sacerdotes; uno de ellos estaba comiendo en el momento de la erupción y se conoce no cuidaba mal su cuerpo, a juzgar por el pescado, el pollo, los huevos, el vino la guirnalda de flores que adornaban la mesa; la estatua producía; también se halló el esqueleto de otro sacerdote al pie de la pared, con una hacha en la mano; había practicado ya dos salidas, pero no pudo ir más allá».

Ahora bien, si buscamos los comentarios que los primeros viajeros españoles realizaron al viajar a Pompeya, no encontraremos este tipo de interpretaciones. El abate canario José de Viera y Clavijo, que visitó Pompeya junto con el Marqués de Santa Cruz, José Joaquín de Silva y Sarmiento y su hermano, Pedro de Silva y Sarmiento el 31 de julio de 1780, señaló únicamente a propósito del templo de Isis:

«...otro templo bien conservado y gracioso consagrado a Isis, con su peristilo, aras, sagrario, sumidero, sacristía y

²³ Madrid, Imprenta de la Asociación del Arte de Imprimir, 1873.

²⁴ P. 406.

*una sala en la cual se halló un esqueleto con dos huevos de gallina a su lado, todo lo más pintado al fresco*²⁵.

Viera y Clavijo también mostró interés por los instrumentos utilizados en los sacrificios que pudo ver en el Museo pero no realizó interpretaciones fantásticas²⁶.

Tampoco lo hizo el abate Juan Andrés y Morell, jesuita expulso y gran erudito que contempló las excavaciones en 1785:

*«Un poco más arriba se halla un bello templo de Isis, el cual se diferencia en algunas cosas de otros templos, y se semeja al de Serapis descubierto en Pozzuolo, y esta semejanza hace ver, que los templos de las divinidades egipcias conservaban algunas particularidades del rito de su nación. Allí se halló una mesa Isiaca que se conserva en el museo; no lejos hay residuos de otro templo en que luce más el gusto romano; y poco más allá de este templo hay una escuela»*²⁷.

Ciertamente, no se puede achacar toda la responsabilidad de haber inducido a interpretaciones fantásticas y novelescas a Bulwer Lytton porque los hallazgos pompeyanos y herculanenses ya habían alimentado en el siglo XVIII la imaginación de los artistas. Jean Louis Desprez reconstruyó las ceremonias isíacas en un grabado (Figura 4) recogido en el *Voyage pittoresque ou description des Royaumes de Naples et Sicile* de Jean Claude Richard, abad de Saint-Non (5 vols., 1781-1786), que resulta misterioso y enigmático.

Algunos viajeros, como el chileno afincado en Cádiz, Nicolás de la Cruz y Bahamonde, conde de Maule -que llegó a Nápoles en noviembre de 1797-, también destacarían en sus relatos las instalaciones más enigmáticas del templo isíaco:

«El templo de Isis se halla dividido en dos trozos: en el uno, circuido de columnas istriadas, se nota una ara para el sacrificio de las víctimas; y en el otro tres aras, y un gran altar circuido de columnas donde estaba la estatua de la diosa. En la parte inferior se ven los conductos secretos por donde

25 VIERA Y CLAVIJO, J.: *Diario de viaje desde Madrid a Italia*, Edición, introducción y notas de R. Padrón Fernández, Santa Cruz de Tenerife, 2006, 154.

26 Se había creado una sala que albergase los instrumentos empleados en los sacrificios. Viera y Clavijo indica que en el Museo había de doce a catorce salas «*adornadas de armarios de buena madera y con los pisos de gran variedad de mosaicos sacados del Herculano. En la sala primera se guardan los vasos sagrados y utensilios que servían en los sacrificios*» y los describe brevemente en p. 156.

27 *Cartas familiares del abate D. Juan Andrés a su hermano D. Carlos Andrés dándole noticia del viaje que hizo a varias ciudades de Italia en el año 1785*, Madrid, Antonio de Sancha, 5 vols., 1786-1793; hay reedición en la ed. Verbum, Madrid, 2004-2007 de donde tomamos la cita: vol. I (tomo II), Madrid, 2004, 207-208.



Figura 4. Grabado de Jean Louis Desprez publicado en Jean Claude Richard, abad de Saint-Non, *Voyage pittoresque ou description des Royaumes de Naples et Sicile*, Paris, II, 1782, grabado entre las pp. 118 y 119.

*entraba el sacerdote a hacer el oráculo: esta parte del templo se cree renovada el año 63 del primer siglo. El pavimento de este altar es de mosaico*²⁸.

Lo cierto es que era muy fácil dejarse llevar por la imaginación. Una ciudad entera que estaba siendo desenterrada, restos que nunca antes se habían conservado, religiones orientales con ritos desconocidos, cualquiera con un poco de sensibilidad podía dejarse arrastrar llevando estas interpretaciones a obras de arte, novelas o artículos de periódicos. Y es que, como ya destacábamos más arriba, el medio con más repercusión mediática, la prensa, popularizaría esa visión enigmática de los cultos isíacos presentando a sus lectores una imagen vívida del escenario sacrificial en artículos como el aparecido en el *Semanario pintoresco*²⁹:

«En el templo de Isis parece que acaba de hacerse el sacrificio.

Si el ara no está ensangrentada ni esparcidos los instrumentos del sacrificio en las gradas; si los dioses no ocupaban sus nichos, ni el candelabro y la lámpara brillan en las suntuosas columnas dóricas, esto no lo ha hecho el tiempo, que los dejó como los había encontrado, cerrados hermética-

28 N. de la Cruz y Bahamonde, *Viage a España, Francia e Italia*, 14 vols., Madrid, Imprenta de Sancha, 1806-1813, V, libro X, 128.

29 *Semanario pintoresco* 18/12/1836, 307.

mente, y perfectamente conservados; aún se encontraron los sacerdotes junto a el ara con todos sus adornos pontificales; pero los muebles de la casa magistral, los enseres sagrados de los templos y aun el enlosado del Foro se sacaron de aquel gran relicario que la naturaleza legó a la posteridad”.

Incluso intelectuales, eruditos y arqueólogos se dejaron arrastrar por los tópicos. Este es el caso del famoso escritor Vicente Blasco Ibáñez, que había leído con avidez la novela de Bulwer-Lytton y llegó al yacimiento en 1896. El valenciano recogió las sensaciones de la visita en su obra *En el país del arte*, en realidad una serie de artículos publicados en *El Pueblo* (diario republicano fundado por el propio Blasco Ibáñez en 1894) que más tarde fueron recopilados en una monografía³⁰. La emoción desbordó los sentimientos de un Blasco Ibáñez que ni siquiera veía ruinas sino una ciudad intacta. Imaginó a los sacerdotes de Isis «*de aspecto feroz, guardando tras el arrugado entrecejo las trampas secretas y terribles del culto egipcio*»³¹ y contemplando el templo de Isis aprovechó para dar rienda suelta al anticlericalismo³²:

«Sigamos adelante; vamos al templo de Isis, al lugar donde impera esa raza de comerciantes que vienen del fondo de África; gente misteriosa que se desliza al andar como si temiera el ruido de sus pasos y turba al pompeyano con la mirada de sus ojillos dorados que flamean misteriosamente sobre la faz cetrina.

En la puerta hay una imagen que apoya el índice en la punta de la nariz reclamando silencio, y la gente entra reverente y cabizbaja bajo la fija mirada de los sacerdotes que exhiben la esférica cabeza completamente afeitada y el cuerpo cubierto por una dalmática de vivos colorines.

Las robustas columnas con figuras y flores de fuertes tintas rematadas por la simbólica flor de loto, sostienen las grandes láminas de piedra de la techumbre, y en el centro, sobre obscuro graderío que ningún profano puede hollar, cubierta por severo templete, está la Isis de mármol negro que mira fijamente con sus muertos ojos.

Cerca de la imagen, y colgando del muro o de las columnas, se ven, como en los demás templos, manojos de ofrendas que recuerdan otros tanto milagros; manos y pies, pechos y

30 *En el país del arte: tres meses en Italia*, Valencia, Pellicers, 1896. Sobre la visita de Blasco Ibáñez a Pompeya: FERNÁNDEZ MURGA, F.: «Pompeya en la literatura española», *Annali dell'Istituto Universitario Orientale. Sezione romanza*, Nápoles 1965, 33-38.

31 P. 170.

32 P. 178-179.

ojos, todo de cera o de metal, puestos allí por los enfermos que sanó la diosa. Ni más ni menos que hoy Santa Lucía da vista a los ciegos, o la Virgen de Lourdes hace innecesarios médicos y boticas.

Los devotos, uno a uno, llegan al pie del altar, entregando antes a los sacerdotes las ricas ofrendas: bolsas de dinero para sacrificios: tiernas ovejas; blancos toros, que han quedado a la parte de fuera. Preguntan a la diosa con voz emocionada sobre el porvenir; Isis conserva muchas veces su imponente inmovilidad, pero otras ¡oh prodigio! Se mueven sus brazos, brillan sus ojos y se inclina su cabeza, mientras la muchedumbre anonadada por el milagro, se prosterna dando alaridos y besa la túnica a los impasibles sacerdotes. Por desgracia, la catástrofe que enterró a Pompeya no dio tiempo para dejar las cosas en regla, y al excavar los restos del templo de Isis se han visto las articulaciones de la estatua, y aún hoy puede subirse por la escalerilla secreta que conduce al hueco pedestal de la estatua donde se agazapaban los ayudantes del templo para tirar de la cuerda de los milagros.

Nihil novum sub sole.

Los sacristanes que en nuestros tiempos hacen sudar sangre a los Cristos, o que los santos den golpecitos en los vidrios de sus altares, estarán sarisfechos de su habilidad, y no saben ¡infelices! Que hace dieciocho siglos, unos tíos de color de zapato viejo les daban quince y raya en el arte de ganarse el pan explotando la eterna imbecilidad humana”.

Hasta uno de los arqueólogos españoles más importantes e influyentes de finales del XIX, comienzos del siglo XX, José Ramón Mélida, se dejó seducir por estas interpretaciones aunque sea en publicaciones alejadas del ámbito científico. En la revista *La Ilustración Española y Americana* publicó en el año 1881 un breve relato titulado *Una noche en Pompeya*³³. La historia fue reeditada en formato libro en el año 1887 junto a *A orillas del Guadarrama*, *Idilios soñados* y *Las alas rotas*³⁴. *Una noche en Pompeya* reconstruye el sueño que un arqueólogo habría tenido motivado por la aparición en el yacimiento de los restos de una pareja que había muerto abrazada el día de la erupción del Vesubio. Mélida sitúa al lector en una tertulia como a las que solía acudir en el Madrid de la época. En esta reunión, un erudito arqueólogo habría relatado a los ensimismados contertulios su participación en las conmemoraciones que habían tenido lugar con motivo del decimoctavo aniversa-

³³ 22/07/1881, 43-45; 30/07/1881, 59-62.

³⁴ Barcelona, Biblioteca «Arte y Letras».

rio de la destrucción de Pompeya. Allí es donde habría visto los moldes de dos amantes «*cuando más codiciosos se hallaban*» que habían sido el motivo por el cual el arqueólogo aquella noche había soñado con la destrucción de la ciudad campana. «*Excitados por la pícara curiosidad*» los miembros de la tertulia le rogaron que contase su sueño y así lo hizo. Haciendo gala de un exhaustivo conocimiento del yacimiento gracias a la lectura de las obras que podría haber consultado en el Museo Arqueológico Nacional³⁵, Mérida introduce al lector en un mundo onírico que reconstruye la vida cotidiana de Pompeya en sus últimas horas. El arqueólogo que relata su sueño pasea por las calles de la ciudad como si conociera todos sus rincones y hace llegar a los amantes hasta el templo de Isis para consultar el oráculo que les comunica que no van a encontrar la felicidad³⁶. Su historia concluye con unas reflexiones al despertar del sueño: «*Entonces acabé de entender que los oráculos de Isis eran innoble superchería, porque morir de modo tan patético como los amantes pompeyanos de mi sueño es un heroísmo que, por cuanto hay en él de plástico y sublime, vale más que toda una existencia consagrada a las delicias del amor*»³⁷.

La arqueología resultaba atractiva, pero aún más la posibilidad de jugar con los hallazgos imaginando un santuario dedicado al engaño, al vicio y la lujuria, como hiciera el poeta y periodista Gonzalo Morenas de Tejada en 1918, viajero experimentado y aficionado a la arqueología gracias a su padre, Ricardo, que excavó en yacimientos celtíberos y romanos como Uxama³⁸:

*«Ahora vemos el edificio que se dedicó a Isis... Es la excepción del aristocratismo pompeyano en el placer. Y todas sus bellezas decorativas no pueden hacernos olvidar su descendimiento en la estética del goce... Hay recuerdos dignos del Museo secreto de Nápoles; pero sin ese algo maravilloso y genial que a aquellos les redime... Nos repugna un poco pensar en las abyectas bacanales del Asno de Oro, los Dionisiacos y los Liberales. ¡Brantôme y D'Autremont, los sombríos sátiros franceses, debieron de inspirarse aquí para ir a arrojar su semilla en los corazones inocentes, como un veneno en manantial de puras aguas!»*³⁹.

35 OLMOS, R.: «La arqueología soñada. *Una noche en Pompeya* de José Ramón Mérida», *Revista de Arqueología*, 144, 1993, 52-57. Sobre Mérida, además: CASADO RIGALT, D.: «José Ramón Mérida, un eslabón clave entre la arqueología decimonónica de corte artístico y las nuevas líneas de investigación del siglo XX», *Revista de Historiografía*, 5, 2006, 134-187; *idem*, *José Ramón Mérida (1856-1933) y la arqueología española*, Madrid, 2006.

36 P. 59.

37 P. 62.

38 «Pompeya. Divagación arqueológica y sentimental», *La Esfera*, 6/04/1918, s.n. y «Pompeya. Divagación arqueológica y sentimental», 20/04/1918, s.n. Sobre este autor: J.M. Martínez Laseca, «Gonzalo Morenas de Tejada (1890-1928)», *Celtiberia*, 96, 2002, 251-258.

39 «Pompeya. Divagación arqueológica y sentimental», 20/04/1918, s.n.

Así pues, en relación con el estudio de la antigüedad, de la historia de las religiones y, más concretamente aún, de los cultos desarrollados en una ciudad romana, una vez más es posible poner de manifiesto cómo el momento histórico en el que se han realizado los hallazgos y otros condicionantes pueden determinar la interpretación que se ha venido haciendo de los restos. Asimismo, es evidente que en múltiples ocasiones, esas interpretaciones han pesado más que los estudios sesudos de los especialistas en el conocimiento general que el gran público ha tenido de la Historia Antigua. Los restos hallados en Pompeya no eran sólo objeto de estudio para los arqueólogos, sino que se convirtieron en ingredientes manipulables por parte de todos aquellos que visitaron el yacimiento y fantasearon, soñaron o imaginaron una ciudad que poco tenía que ver con la real.